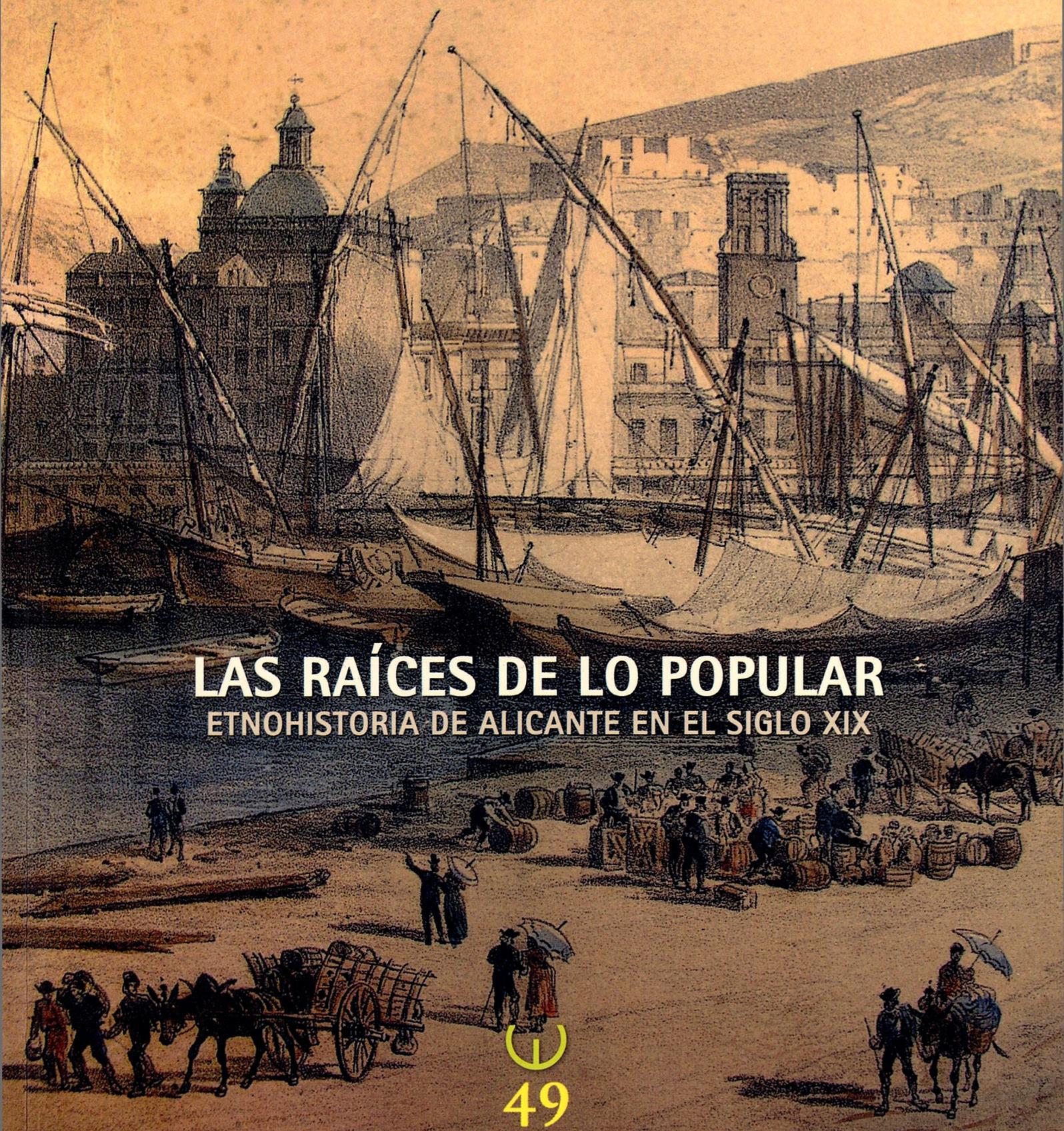


CANELOBRE

OTOÑO / INVIERNO 2004-2005 - INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA "JUAN GIL-ALBERT" - Nº 49 / 21 EUROS



LAS RAÍCES DE LO POPULAR ETNOHISTORIA DE ALICANTE EN EL SIGLO XIX

49



INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

"CANELOBRE" ES UNA PUBLICACIÓN DEL INSTITUTO
ALICANTINO DE CULTURA "JUAN GIL-ALBERT", ORGANISMO
AUTÓNOMO DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

Número 49
Invierno 2004-2005
21 euros

Depósito Legal: A. 227-1984
I.S.S.N. 0213-0467

Imprime: INGRA



CANELOBRE

DIRECCIÓN

ROSALÍA MAYOR RODRÍGUEZ

SUBDIRECCIÓN

ELVIRA RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ

CONSEJO ASESOR

JOSÉ BAUZÁ LLORCA
ROSA MARÍA CASTELLS GONZÁLEZ
CAYETANO MÁS GALVAÑ
ANA MELIS MAYNAR
ROSA MONZÓ SEVA
ÁNGEL LUIS PRIETO DE PAULA
MAGDALENA RIGUAL BONASTRE
FERNANDO RODES LLORET

DISEÑO

JOSÉ PIQUERAS
LLORENÇ PIZÀ



Número monográfico de CANELOBRE:

**LAS RAÍCES DE LO POPULAR
ETNOHISTORIA DE ALICANTE EN EL SIGLO XIX**

Coordinado por
ANA MELIS MAYNAR

Documentación gráfica:
ESTER TORREGROSA

© De los textos e imágenes: sus autores.
CANELOBRE no se hace responsable de las opiniones vertidas
por sus colaboradores en los artículos publicados.



DE LOS FRUTOS DE LA TIERRA A LA ARTESANÍA Y LA INDUSTRIA



GREGORIO CANALES MARTÍNEZ

UNIVERSIDAD DE ALICANTE



El desarrollo de la industria alicantina, a finales del siglo XIX, tiene su fundamento en un entorno ecológico que ha permitido vincular la base territorial con la aparición de una actividad artesanal que se consolidará con el tiempo. A lo largo de esta centuria surgen unas manufacturas que, partiendo de unas materias primas autóctonas, evolucionan hasta afianzarse a lo largo del siglo XX, para convertirse en industrias esenciales de la economía regional. Sin embargo, la lentitud en esos procesos, el anquilosamiento de las estructuras tradicionales y una mentalidad retrógrada, dilataron excesivamente dichos cambios. Algunas voces críticas plantearon ya el atraso frente a Europa, especialmente en una provincia donde la actividad comercial era muy destacada, aunque estuviera capitaneada por firmas extranjeras.

Precisamente, el informe sobre el *Estado de la Industria en la Provincia de Alicante* elaborado por José Ferrándiz Ponzó, en 1901, hacía hincapié en la escasa presencia que esta tenía en la zona cuyas causas coincidían, en líneas generales, con las planteadas por los ilustrados en el siglo XVIII. Atribuye dicha situación a la rutina, falta de incentivo y ausencia de espíritu empresarial que prima las cosechas de la tierra como elemento de riqueza por encima de sus posibles manipulaciones posteriores. Esta idea la expresa textualmente de la siguiente manera: *"Esto pasa a nuestro país, y así se comprende que por la ignorancia de nuestros cosecheros y la ignorancia, también, y apatía de nuestros industriales, hayan tenido y aún tienen, los industriales extranjeros, en España, una especie de inagotable mina, que siguen explotando, consiguiendo inmensas cantidades de primeras materias a casi ningún precio. Y aún hemos de estarles agradecidos, pues ellos fueron, aunque por su negocio e interés, los que nos hicieron ver que estas materias tienen un valor superior al que nosotros les suponíamos"*.

La diversidad de paisajes agrarios y, por ende, de cultivos que se dan en un territorio lleno de contrastes, origina una gran variedad en cuanto a materias primas *"por las bondades de nuestro clima y suelo que no sabemos aprovechar ni apreciar siquiera"*. El autor echa de menos una educación y formación que permita lograr mayores rendimientos y conseguir productos de calidad con todas las técnicas posibles, en una palabra, modernizar el campo. Ferrándiz Ponzó

Molino de la
Ciudad, Orihuela, a
finales del s. XIX.



Segador Valenciano
(CALCOGRAFÍA NACIONAL,
MADRID).

reitera el atraso tradicional que pesa todavía en la mentalidad de los españoles, más proclive a la venta de los frutos de la tierra para comprarlos ya transformados que a la aplicación de las tecnologías que en Europa llevaban ya siglo y medio de adelanto. En este sentido indica *"cedemos esas primeras materias a precios bajos, a los extranjeros, y estos las amalgaman con otras suyas inferiores, mistificándolas, pero preparando con su arte y esa amalgama, sus artículos que nos devuelven luego y aceptamos, pagándoles precios carísimos. Milagros de la industria y del estudio que apenas nos es dable realizar a los españoles"*. Esas observaciones eran especialmente oportunas en una provincia que contaba con dos pilares básicos de cualquier desarrollo, como eran el puerto y el ferrocarril. Ambos sistemas de comunicación sirvieron para establecer en la ciudad de Alicante numerosas casas comerciales de diversas nacionalidades a la par que surgió una burguesía alicantina vinculada a esos intereses. La pujanza mercantil restó recursos económicos, trabajadores y materias primas a las incipientes industrias de la época provocando la dificultad para su despegue y crecimiento.

1. LOS CEREALES, LOS MOLINOS Y EL PAN DE LA VIDA

El paisaje agrícola alicantino predominante en el siglo XIX estuvo fuertemente condicionado por la presencia del cultivo del cereal; tradicionalmente, ha sido un aprovechamiento de vital importancia en una economía básica que lo ha utilizado como principal producto alimenticio; de ahí que los poderes públicos fueran muy celosos en asegurar el abastecimiento de esta mercancía para prevenir posibles hambrunas que alentaran conflictos sociales. El trigo es uno de los cultivos principales dentro de la trilogía típica mediterránea, junto con la vid y el olivo. La adaptabilidad a los distintos tipos de suelo permitió su implantación en todos los espacios destinados a la agricultura; de este modo se obtenían cosechas tanto en terrenos de secano como de regadío, aunque en este último caso entraban en rotación con otros cultivos de mayor rentabilidad.

Cavanilles, a finales del siglo XVIII, reparó en la importancia que alcanzaba la siembra en las tierras provinciales, si bien a lo largo de la centuria siguiente sufrió, junto con otros cereales, una regresión muy lenta. Las razones que estaban en la base de ese retroceso tienen que ver: con la diversificación de cultivos, al implantarse una agricultura exportadora; con el abastecimiento que proporcionan regiones próximas como fue el caso de la meseta castellana, al coincidir con la mejora de la red de comunicaciones y transportes y, por último, con la superación del carácter autárquico en la organización comercial, que mantenía su cultivo en desventajosas condiciones.



Tareas agrícolas (MUSEO
ETNOLÓGICO VALENCIA).

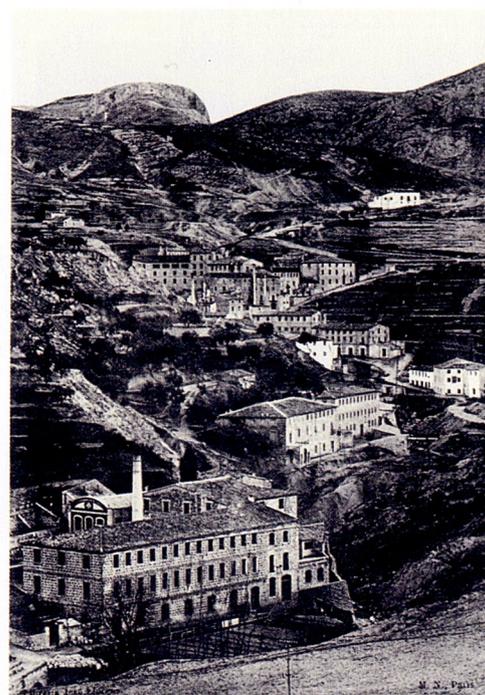


Esta coyuntura que redujo la producción cerealista, se discutió en el *Congreso Nacional de Agricultores*, celebrado en Valencia en 1882. En el evento, se debatieron los problemas que acarrea el cultivo de trigo en España, en especial en la región valenciana donde cubría una mayor extensión en el regadío frente al secano, restando superficie a otros aprovechamientos más lucrativos y comerciales. En estrecha relación con los cereales, aparece la actividad molinera. Según fuera la fuerza motriz, se distingue una variedad de molinos: los accionados por animales de tiro, los movidos por el viento y los que dependen de la corriente del agua. Estos últimos, denominados molinos hidráulicos, están muy bien representados en toda la provincia. Cavanilles, en sus observaciones, dejó constancia de los mismos, al describir la concentración existente en Alcoy *"allí se ven molinos a lo largo de la cuesta, cuyos edificios blanquean entre ásperos verdes, descúbrense cristalinas aguas que en cascadas caen para dar movimiento a las máquinas"*. Señala la presencia de siete molinos harineros en la fuente del Molinar; asimismo recuerda la existencia de otros ubicados a lo largo de barrancos o ramblas, como los cinco ubicados en el término de Ibi, o los emplazados en Elda.

Mayor información aporta Roca de Togores y Albuquerque en la Memoria que elaboró en 1832 sobre los riegos de la huerta de Orihuela, aunque se centrara en un espacio geográfico concreto como el curso bajo del río Segura. En este y en su red de acequias se levantaban un total de 19 molinos que reunían 54 piedras y que dio origen a una importante industria de transformación de productos agrarios. El hombre encargado de accionar el mecanismo de trituración es el molinero, conocido localmente con el nombre de *"el moleor"* y que, para el caso de la molturación del pimiento de bola o ñora con el que se elabora el pimentón, se llamaba *"pimentonero"*. En 1901, Ferrándiz Ponzó, señalaba que la industria más importante en la *"feracísima huerta"* es la obtención del pimiento molido *"este rojo polvo lo esparrace por toda España y exporta mucho al extranjero"*.

Pascual Madoz, en su detallado diccionario de mediados del siglo XIX, aporta una copiosa relación de los molinos que existían en Alicante; rara era la población que no contaba entonces con una de esas infraestructuras tan necesarias para la elaboración de harinas, destinadas tanto al consumo humano como al abastecimiento del ganado (piensos). A título de ejemplo, baste recordar los nueve existentes en Elche y Novelda, ocho en Orihuela, cinco en Cocentaina, cuatro en Crevillente, tres en Sella y dos en Callosa de Segura, entre otros muchos. El cambio tecnológico de finales de la centuria, con la utilización de otras fuentes energéticas como el vapor y la electricidad, terminarían con esta elaboración artesanal, al sustituir la rueda hidráulica por una nueva maquinaria de carácter industrial. Especialmente significativo es el proceso observado en Alcoy, que destaca como el enclave fabril más avanzado de la provincia. En esta ciudad, la introducción de la energía de vapor, aparece en el primer tercio del siglo XIX con la adquisición de máquinas textiles procedentes de Bélgica, que se emplazaron en antiguos molinos harineros transformados entonces en las industrias de paños. En 1832 se construyó la primera caldera de vapor, usando lignito alcoyano; desde entonces, fue progresivamente aplicándose este sistema de suministro energético, que será general a finales de siglo. Pese a estos antecedentes, los molinos hidráulicos y la molinera tradicional pervivieron con el cambio de siglo. La electricidad, aplicada a la industria durante la dictadura de Primo de Rivera, representó el final de una actividad que durante siglos utilizó el hombre para garantizar su subsistencia.

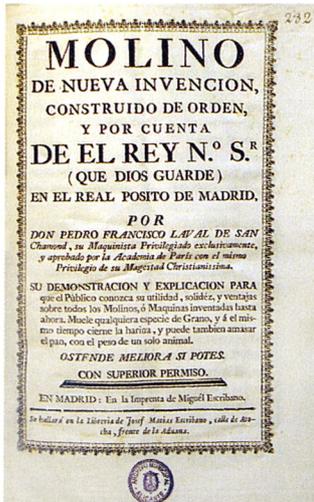
A lo largo del siglo XIX entre las disposiciones dictadas por el Estado para la liberalización de la actividad económica en España, cabe destacar la abolición de la propiedad señorial. El decreto de 6 de agosto de 1811 acababa con el vasallaje y con los derechos exclusivos —conocidos como regalías— que disfrutaban los señores; estos últimos eran los propietarios de las actividades preindustriales que en sus territorios se realizaban. En este apartado se incluían, entre otros, hornos, molinos, almazaras y bodegas, que constituían negocios lucrativos en



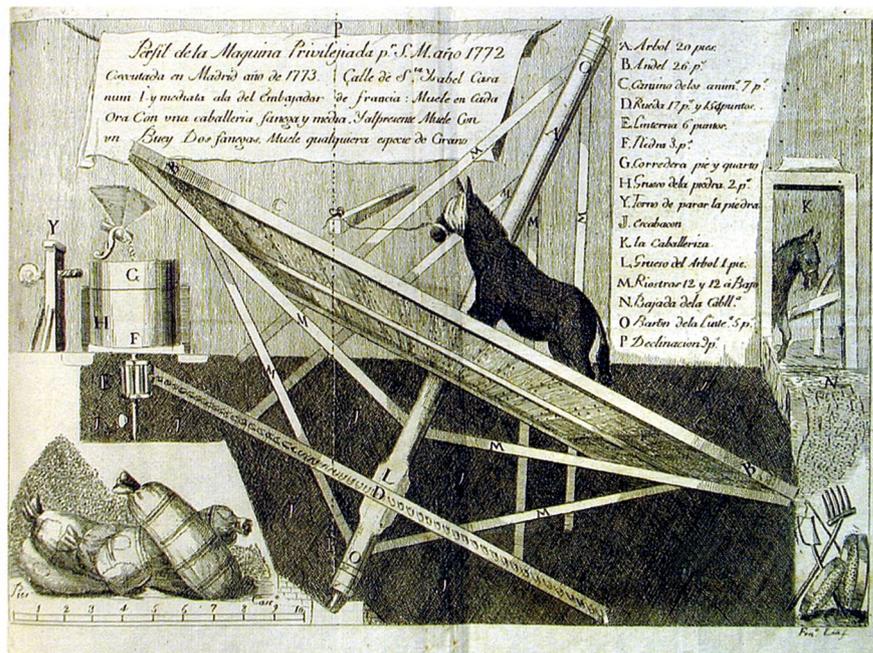
Vista de El Molinar, Alcoy
(MUSEO ARQUEOLÓGICO
MUNICIPAL "CAMIL VISEDO
MOLTÓ", ALCOY).

manos del grupo de privilegiados. Los vecinos en cada municipio estuvieron sujetos —hasta la reglamentación de las Cortes de Cádiz— al control y voluntad de los titulares de señoríos.

La nueva disposición dejó libertad a las familias para iniciar estas actividades por cuenta propia, lo cual permitió abrir pequeños negocios estrechamente relacionados con la economía de subsistencia propia de la época. De esta manera, los alimentos básicos de la dieta decimonónica, pan, aceite y vino, pasaron a formar parte de un comercio más repartido y descentralizado que, de forma progresiva, se generalizó por los distintos municipios. La cocción del pan, y la elaboración de los derivados de la harina, originó un oficio competitivo en cada localidad, que contrastaba con el antiguo monopolio que asumía el señor. En este sentido, Pascual Madoz, al reseñar las industrias de las poblaciones alicantinas, cita el número de tahonas que en cada lugar existía y que, en ocasiones, era la única empresa de tipo industrial que allí se desarrollaba, todavía sujeta a sistemas artesanales. Más tarde, ya en el siglo XX, se logra la especialización y, en muchos casos, la concentración de esta actividad; precisamente, gracias a la asociación de estos profesionales, se crean las panificadoras.



Molino de nueva invención construido de orden y por cuenta de el Rey N.º Sr., por Pedro Francisco Laval de San Chamond. "Perfil de la maquinaria privilegiada por S.M., año 1772. Muele en cada ora con una caballería fanega y media y al presente muele con un buey dos fanegas, muele qualquiera especie de grano" (ARCHIVO MUNICIPAL DE ALICANTE).



2. EL OLIVO Y LA VID: ALMAZARAS Y BODEGAS

El olivar forma parte del paisaje mediterráneo por excelencia y ha estado presente en Alicante desde tiempos inmemoriales. Durante el siglo XVIII alcanzó una notable extensión con el progreso de las roturaciones agrícolas en terrenos, más o menos marginales, cubiertos por matorrales y superficies boscosas. En el siglo XIX, todas las referencias documentales mencionan la producción aceitera en gran número de municipios alicantinos, orientada principalmente al consumo doméstico, siendo las almazaras elementos distintivos del paisaje. La evolución que experimentó este cultivo durante la centuria del ochocientos es de especial significación en el municipio de Elche, donde estaba muy consolidado. Al respecto, Madoz señalaba, a mediados de siglo, que su presencia era un contrapunto verde entre tierras reseca y calcinadas por el sol, al indicar que: "la blanca y aridez aparente de los campos, hacen un contraste admirable con los bosques de olivos", aunque en otro apartado hiciera mención del "bosque dilatado de olivos, que va desapareciendo de día en día". Las causas de su retroceso están relacionadas con la caída de las exportaciones de jabón, cortándose por completo los envíos destinados al extranjero.



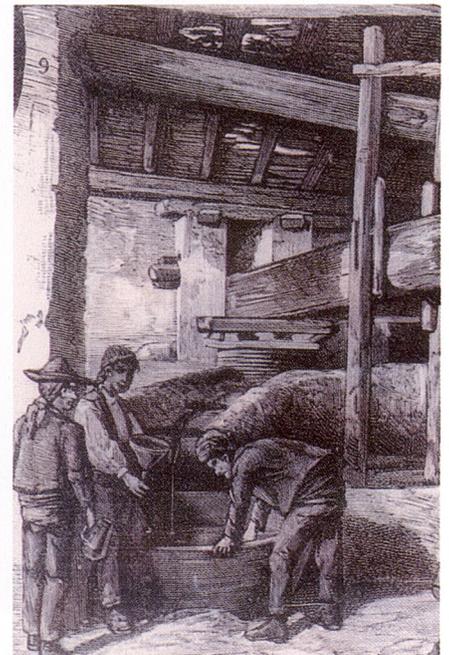
En efecto, el esplendor que alcanzó en épocas pasadas entraría en decadencia en la segunda mitad del XIX, agravado por una epidemia, según reflejan los datos que poseemos del campo ilicitano. Así, de las 210 almazaras que se localizaban en el municipio en 1783, se pasó a 142, nueve años más tarde. El deterioro que padeció la agricultura, y por ende el olivar, llevaría al extremo de que, en un acta del cabildo de 1822, se dijera exageradamente que no se cosechaba aceite. En un registro posterior, de 1845, las almazaras censadas se habían reducido a 54, de las que solamente quedaban 41 en 1862. El abandono del olivar era patente, hasta el punto de que unas décadas después la superficie por él cubierta fue ocupada por granados y viñedos. A finales del XIX, la ciudad invierte la tendencia exportadora por otra de importación, para satisfacer las necesidades de consumo humano, dados los arranques masivos de olivares que se llevaron a cabo por esos años. Esa tendencia debió de ser muy común en la provincia, puesto que Ponzó en 1901 reclama la necesidad de implantar fábricas, para la destilación del orujo de la aceituna; aconseja llevarlo a cabo en las comarcas del Bajo Segura, Bajo Vinalopó y los Valles de Alcoy, dado que allí quedaban extensiones de olivares, con lo que se evitaría la pérdida de éstos.

La vid, como cultivo típicamente mediterráneo, también ha estado presente en la historia de estas tierras, con una marcada importancia, dado que por sus características ecológicas está aclimatado perfectamente en amplias zonas de secano. La prosperidad comercial alicantina, relacionada con su puerto, originó durante los siglos XVII y XVIII un doble efecto; por un lado, el asentamiento de las casas comerciales europeas y, por otro, la extensión del cultivo de la vid, que invade áreas de regadío. Tradición y realidad han dejado una profunda huella en casi todas las poblaciones, pues la obtención del vino supone un proceso de elaboración artesanal e industrial que implica una determinada tecnología con edificaciones específicas. Las familias y sus casas rurales, con prensas, lagares y toneles constituían bodegas, reflejo de una sociedad agrícola y comercial, bien adecuada a las necesidades exigidas por el comercio exterior. Por otro lado, el vino, en las sociedades mediterráneas, forma parte del proceso de socialización humano al estar presente en la mesa como un consumo habitual. A la vez representa un vehículo ideal para establecer relaciones sociales entre vecinos y es en definitiva seña de identidad de un pueblo.

Roca de Togores en la *Memoria sobre el Estado de la Agricultura* que publica en 1849, señalaba con relación a la industria y a su exportación, el dominio preferente que adquiriría el vino y todos sus derivados. El autor especifica *aloque*, *moscatel* y *fondellón*, además de las conocidas pasas. En el listado que elabora de cada localidad, el vino cobra un papel destacado, reflejo de la transformación de uno de los cultivos más afianzados. En este sentido, Pascual Madoz, en su Diccionario, al individualizar los lugares de la provincia y señalar su industria, hace igualmente referencia al vino como uno de los principales soportes económicos de dichas poblaciones.

Este cultivo alcanzó mayor arraigo a raíz de la invasión filoxérica que padecieron los viñedos franceses en la segunda mitad del ochocientos. La necesidad de suplir aquella demanda incrementó los precios y llevó consigo la ampliación de la superficie cultivada. La economía eminentemente agraria de la época no dejó pasar esa oportunidad tan favorable y aprovechó la coyuntura para mejorar el negocio. Alicante, y toda la provincia, se dedicó a la explotación vinícola para abastecer las necesidades europeas, de manera que se construyeron nuevas bodegas en áreas donde no existían anteriormente. Esta situación se mantuvo hasta finales de siglo, cuando el *oidium* afectó de la misma manera a los viñedos españoles.

La filoxera originó aquí, al igual que en Francia, la pérdida de este aprovechamiento que tanto había significado económicamente para la provincia. El periodista Casañ Alegre, en 1893, al recorrer las tierras alicantinas, dejó constancia de sus vivencias en un libro titulado *Recuerdos de Viajes por nuestra patria, Alicante-Orihuela-Murcia*. En su visita a la capital, se percató de la decadencia comercial de la urbe a causa de la pérdida de ese cultivo: "esta ciu-



dad rica en su comercio y exportación de vinos se encuentra hoy arruinada como su hermana Valencia, por el gran demérito que ha sufrido esta primera riqueza nacional: aquí como allá las pérdidas son espantosas, la ruina y la miseria grande y las pérdidas inmensas: la propiedad ha sufrido un terrible golpe y la miseria que amenazaba al propietario espantosa: propietario hay hoy que pide limosna sin que el Estado tenga piedad de quien con un capital que no lo es, por la falta de exportación, tiene que pagar tributación que representa el hambre y la necesidad del pobre agricultor”.



“Vista general de Alicante” (detalle del muelle). Litografía de Sabatier, finales s. XIX (AYUNTAMIENTO DE ALICANTE).

Esa fue su apreciación al contemplar “el puerto abandonado de comerciantes, buques solitarios, y rasos de mercancías los muelles”; aspecto que contrastaba con el de pocos años atrás, cuando las mercancías, los toneles y los fardos se acumulaban en los diques. El periodista, con sentido crítico, pone en boca de un limpiabotas la realidad del momento, al atribuirle la frase siguiente: “*hay tan poca gente en Alicante desde que el vino no lo quieren ni los borrachos*”. De esta forma anecdótica, comenta las consecuencias tan graves que ocasionó la enfermedad del viñedo que —con exageración— hasta los más asiduos bebedores lo habían desechado. Precisamente, la paralización comercial exportadora llevó consigo un trasvase de trabajadores que, del puerto, derivaron a la venta ambulante; cobraron importancia los vendedores de periódicos y de cerillas; se incrementaron los limpiabotas, todos ellos afanados en sacar un jornal para mantener a sus familias.

Muchas de las casas comerciales, en manos extranjeras, cerraron sus establecimientos debido a la caída de los precios por la recuperación de los viñedos franceses y, sobre todo, a causa de la filoxera, plaga que se desarrolló en Alicante a partir de 1905. Entre esos negocios

de vinateros, cabe citar el del francés Augusto Fresneau Merit, abierto en 1884 que, con intuición, traspasó el negocio a otra firma francesa, ante el declive que se aproximaba. La noticia de la venta de esas bodegas, dada la pujanza y solvencia que tenían, se expandió rápidamente por la burguesía alicantina y confirmó el desastre económico que se avecinaba.

Ferrandiz Ponzó, en la valoración que hace de la industria alicantina a principios del siglo XX, dedica un apartado a las nuevas industrias que podían implantarse en la provincia. Entre ellas recoge tres, estrechamente relacionadas con el antiguo esplendor de la explotación vinícola. La primera se refiere a la fabricación de ácido acético y vinagrera, que propone se monte utilizando el procedimiento acelerado alemán o el de Barbe, que eran los más perfectos. Esta producción industrial, apenas era conocida en nuestro país “*pues lo que aquí llamamos vinagre no es tal, sino vino agrario mejor o peor presentado como vinagre*”. La segunda, a la instalación de cremor y ácido tartárico, de la que ya existían en Alicante tres casas sucursales de Barcelona, empleadas en la compra y acopio de restos que venden para ser transformados allí en cremor o bitartrato de potasa, que emplean las fábricas de tejidos para la fijación de los tintes. La tercera y última industria está relacionada con la obtención de coñac, anisete y vino espumoso, estilo champagne. Todo ello respondía a una visión optimista de la perspectiva comercial que se había desarrollado en la provincia y que se iría a pique pocos años después debido a la entrada de la plaga o enfermedad en nuestras plantaciones.



3. LAS HORTALIZAS Y LAS FRUTAS: CONSERVAS Y DULCES

Los viajeros decimonónicos quedaban extasiados en su recorrido de Alicante a Murcia ante el palmeral ilicitano; esa sensación de nuevo volvía a producirse ante la incomparable fertilidad de la huerta del Segura, a la que se llegaba después de atravesar un territorio reseco. Así, Casañ Alegre, al abandonar Elche en dirección a Orihuela contempla desde el tren que *"van quedando atrás los huertos (de palmeras), ya de nuevo entramos en una llanura estéril, otro páramo de grisienta tierra y numerosos carrizales. Tras el oasis, el desierto... así atravesamos algunos kilómetros de monotonía desesperante... pasamos por Catral, Albaterra... ya comenzamos a ver campos labrados y destacarse fajas de verdura en aquella blanquecina tierra que hemos venido atravesando... los campos de huerta se suceden y enlazan, ya vemos agua, ya discurren numerosas las acequias llevando la fertilidad a una hermosa vega"*. La imagen que tiene ante sus ojos, la atribuye el autor al *"fecundante Segura"*, cuyas aguas dan lugar a una huerta, con predominio de cultivos herbáceos, en una llanura de intenso color verde, salpicada asimismo de palmeras. Este territorio le conmueve y le propicia un bienestar que entra *"en el corazón, el entusiasmo que aquella nos comunicaba, junto con el sentimiento estético de su hermosa y placentera vega, verdadero oasis después de los ingratos terrenos que hemos atravesado"*. La riqueza agrícola de la huerta, con pequeños pero variados rodales de frutales y hortalizas en torno a las barracas, originaron que las mujeres elaboraran, de manera casera, mermeladas, confituras y conservas vegetales para el consumo familiar. José Ferrándiz Ponzó escribe al respecto que, a principios del siglo XX esta industria ya es representativa pues *"en dicha huerta tiene algún interés la fabricación de conservas de frutas de aquella vega"*.

En cuanto a la alimentación, Alicante ofrece otra peculiaridad en la repostería, que a la larga dará lugar a dos industrias muy sólidas y representativas en el tejido productivo de la provincia. Se trata de la fabricación de turrónes y de chocolate, con una marcada localización espacial, concentrada la primera en Jijona y la segunda en Villajoyosa. En 1901, Ponzó detallaba en su *Memoria* que excusaba hablar de la industria turronera de Jijona por el adelanto que tenía y por la celebridad del producto, prueba evidente de la consolidación de esta actividad industrial. Así recoge *"en la época de la fabricación del turrón, Jijona entera está ocupada en esa labor, pues constituye su más importante industria"*. Esta se encuentra estrechamente vinculada con los comerciantes de venta ambulante que cada año salen de la localidad

Orihuela. Molino de la Ciudad.



para recorrer "el mundo del uno al otro confín, en los meses de noviembre a febrero", a los que él denomina los "bohemos del turrón" que han dado fama mundial a la población, "satisfacción grande es para un pueblo ver su nombre universalmente conocido por un producto cuya composición se le ocurrió acaso a alguno de sus más humildes hijos". En una tierra enclavada entre almendros y con una producción destacada de miel, era lógico que surgiera una mezcla tan nutritiva y rica, a la vez que popular. Complementaria de esta actividad fue la venta de

hielo, que los vecinos acumulaban durante los meses de invierno en los pozos de nieve situados en lo alto de las montañas, dando origen igualmente a una itinerancia comercial ambulante, para abastecer a otras poblaciones en los meses del verano. Más tarde derivaría en la elaboración de helados que se mantiene a lo largo y ancho del país. Ambos consumos —turrones y helados— cubren, desde entonces, un ciclo laboral anual cuya alternancia enriquece la oferta de productos servidos desde la localidad, con el desplazamiento temporal de gran parte de sus trabajadores. Ponzó relata de forma gráfica la preparación y el comercio de la nieve: "en invierno y en los meses de las nevadas, la elevada Carrasqueta se cubre de nieve y Jijona que tiene en lo alto de dicha montaña sus pozos de nieve o neveras, acude entonces en grandes brigadas a recoger nieve y echarla en aquellos depósitos, guardándala para el verano y surtir el consumo de esta capital (Alicante) y pueblos importantes de la provincia, mandando también a Murcia y Cartagena".

En cuanto a la industria del chocolate, procede de una antigua artesanía confitera localizada en Villajoyosa, que en sus inicios estuvo limitada en producción y consumo a satisfacer las necesidades domésticas. En un inventario relativo a 1858 queda constancia de la existencia en la localidad de 22 "piedras" empleadas para la fabricación del chocolate, que años después ascenderá a 38 con una producción de mil arrobas al mes. La presencia de esta industria se remonta a principios de esa centuria, gracias a un inmigrante italiano que introdujo en *La Vila* la elaboración del dulce. Divulgada la técnica, y consolidado el oficio de *xocolater*, la fabricación se extendía

cada vez más entre las familias de la población, que alternaban el trabajo de la agricultura con dicha actividad. Al comienzo, predominó el sistema tradicional de trituración y molienda de cacao a mano; se utilizaba un rodillo de piedra que se mantuvo hasta el último tercio del siglo XIX, reemplazado entonces por el molino "malacata", accionado por caballerías y que significa el desarrollo de la mecanización. En las primeras fases de fabricación, el chocolatero lo elaboraba bajo encargo de los vecinos, siendo frecuente que el artesano se trasladara a los domicilios particulares de la clientela, con los enseres y utensilios necesarios; en ocasiones, el cliente aportaba la materia prima.

Esta ocupación dio origen a un floreciente comercio ambulante que se extendió por varias provincias, hasta tal punto que los chocolateros, para evitar la competencia entre ellos mismos, se repartieron los itinerarios y zonas geográficas, al objeto de no solaparse en la venta. Así, el mercado abastecido por Vicente López, fundador posteriormente de *Chocolates Valor*, distribuía su producción por las provincias de Cuenca y Toledo. Al contrario, los hijos de Pedro Lloret Vaello, que más tarde daría lugar a la mercantil *Lloret Hermanos*, dirigían su comercio hacia Murcia y ciudades limítrofes de la provincia de Albacete. A principios del siglo XX, el chocolate se consiguió por medio de un proceso industrial, que incorporaba a los molinos motores de gas y, posteriormente, la electricidad. Ello permitía incrementar la molienda y elevar la producción, al tiempo que se lograba una mezcla más fina y de mayor calidad. Por esas fechas, en Alicante se instalaban otras dos fábricas, una junto a la estación de ferrocarril y la otra en el barrio de Benalúa.



El agua de cebada.
Dibujo de Juan de la Cruz Cano y Holmedilla, editado en *Colección de trajes de España tanto antiguos como modernos* (BIBLIOTECA VALENCIANA).

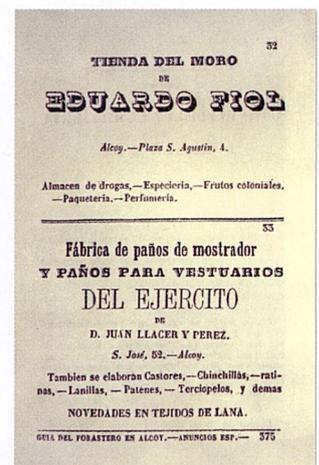


4. LAS FIBRAS VEGETALES: ARTESANÍAS DEL VESTIDO Y DEL CALZADO

A mediados de centuria, Roca de Togores, en la *Memoria* sobre la agricultura alicantina expone que sus habitantes tienen como industria destacada la cría del gusano de seda, telas de hilo de algodón, fábricas de paños, bayetas y cordelería. Esta variedad de producciones deriva de las cosechas principales de la provincia; en la misma línea, Madoz, coetáneo suyo, recoge la dedicación tradicional de la población a esas mismas manufacturas textiles. Muchas de ellas estaban consolidadas de antaño y dieron origen a importantes gremios de tejedores, concentrados en las ciudades principales. Una de las artesanías más valoradas fue la de tejidos de seda, que requería la cría del gusano productor y, por ende, del cultivo de la morera. La superficie de tierra dedicada a este árbol, cubrió extensas superficies, especialmente en los municipios del sur alicantino y de la Marina. Sin embargo, la elaboración de la seda conoce, a lo largo del siglo XIX, una etapa de estancamiento, incluso retroceso, que frena la etapa alcista del siglo anterior. Las causas de esta coyuntura tienen que ver con la falta de innovación tecnológica y la competencia procedente del extranjero, a la que se sumarán, a mediados de centuria, determinadas enfermedades endémicas de la larva. Algunas de ellas tuvieron un carácter epidémico, amenazando la desaparición de la sericultura en Europa, ante la pérdida de la cría del gusano de seda. La más dañina de estas plagas fue la *pebrina* o *negrilla*, denominada así por las manchas oscuras —del color de la pimienta— aparecidas en la piel de los gusanos. Hacia 1853-54, se confirma el contagio en nuestra provincia, amenazando la producción de seda y la industria ligada a ella. El temor a la ruina había sido anunciado por las Sociedades Económicas de Amigos del País y otros eruditos. Entre ellos, Roca de Togores dedicó un amplio apartado en su estudio a la *"mejora en la cría del gusano que la produce, y del cultivo del árbol que lo alimenta"*; también señaló el retroceso que se observaba en la provincia y el atraso en que se encontraba *"este ramo tan interesante de la riqueza pública"*, pues sólo se cosechaba seda en una quinta parte de los municipios alicantinos. Las razones esgrimidas eran: *"el mal sistema seguido generalmente en el cultivo de la morera y en la cría del gusano de seda, hace que sea en el día una industria no muy productiva; y teniendo que competir con la de Lombardía y el resto de Italia, con la que se cosecha en Francia e Inglaterra, y últimamente, con la abundantísima que la entendida china arroja al mercado desde que los ingleses frecuentan sus puertos, merced al último tratado de comercio es de creer decaiga más todavía, si no se adopta un sistema de mejora que, haciendo se produzca más con menos gasto, permita entrar en competencia con las naciones adelantadas"*. Todos aquellos que defendían un cambio y modernización en el sistema de producción de la seda, perdieron sus ilusiones con el desastre ocasionado por la entrada de la *"pebrina"*.

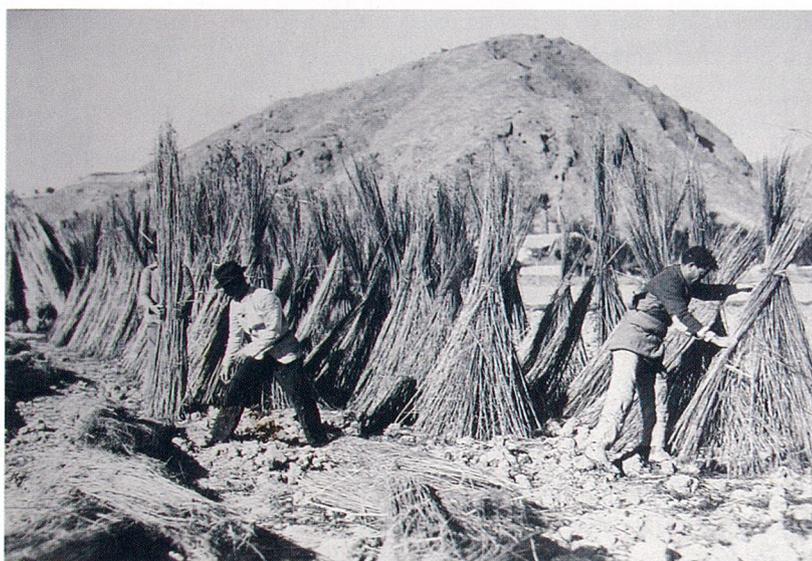
Las Sociedades Económicas de Amigos del País, durante el siglo XIX, intentaron divulgar los adelantos técnicos e incrementar la productividad, con sus publicaciones y las modernas enseñanzas que impartían en las denominadas *escuelas patrióticas*. Allí, dieron a conocer las investigaciones de Pasteur para combatir otras enfermedades del gusano, como la llamada *flacidez*. A pesar de estos objetivos, la industria sedera entró en un profundo descabro, debido a otros factores, como la competencia exterior, de Francia y China principalmente. Esa crisis coincidió con otra que afectó a los cultivos textiles (cáñamo y algodón sobre todo) debido a la reducción de aranceles, a partir de 1865, y a la importación de fibras italianas. La desaparición de la velería en el sistema de navegación tradicional influyó decisivamente, ya que los grandes veleros fueron sustituidos poco a poco por los barcos de vapor.

A finales del siglo XIX, la seda todavía era un cultivo con cierta importancia en la cuenca del Segura. La razón habría que buscarla en la necesidad de abastecer el mercado interior; de ahí que el gobierno tratase de recuperar una producción secular que suministraba fibra a la industria textil catalana. En este sentido, la Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio, encargaba en 1891 al ingeniero agrónomo Vicente Sanjuán la realización de un proyecto para instalar en Murcia una estación sericícola, que contó con el apoyo de las autoridades murcianas. La Real Orden de 3 de mayo de 1892 creaba la citada estación en dicha ciudad; en sus instalaciones se implantaron todas las técnicas desarrolladas para la obtención de



la simiente en Francia y en Italia, aspecto que repercutió en la consolidación de este cultivo y cosecha, entrado el siglo XX. Como resultado de esta iniciativa, surgiría en la vecina ciudad de Orihuela, una fábrica de sedas que —junto con la anterior— monopolizaron este hilado.

Otras hilaturas que utilizaron las fibras de algodón, lino y cáñamo, tuvieron una destacada importancia en muchas localidades de la provincia durante el siglo XVIII. Estas dieron lugar a una floreciente vida gremial, pero también recibieron los reveses de la falta de modernización industrial que acusó España a lo largo del siglo XIX y, hasta más adelante, no comenzaría su reestructuración, al igual que sucedió con la seda. En esa coyuntura, sobresale la intensa actividad textil que adquiere Alcoy y que José Ferrandiz Ponzó presenta, en 1901, como el *"prototipo de los pueblos industriales y fabriles de la provincia, el Barcelona de esta región"*. En Alicante también fueron notables los progresos en crear unas instalaciones textiles modernas, como fueron las que dieron lugar a la fabricación de sacos que abastecían a las harineras catalanas. En esa línea, en San Vicente del Raspeig, se instaló una industria para confeccionar puntillas y blondas que desplazaron a la vieja artesanía de encajes de bolillos, géneros que compitieron con los extranjeros.



Cosecha de cáñamo.
Foto Sánchez (ARCHIVO
MUNICIPAL DE ALICANTE).

La derivación del cultivo del cáñamo, dio lugar a la artesanía de la alpargata, base de la actual industria del calzado, que tanta importancia tiene en el eje del Vinalopó. La huerta de Orihuela, como zona eminentemente productora del cáñamo, conoció esta aplicación preindustrial, aunque la fue perdiendo en beneficio de la riqueza agrícola que siempre albergó. La elaboración de la fibra a partir de esta planta, fue algo generalizado en los municipios huertanos —con centro importante en Callosa de Segura— donde surgió una especialización, en la que participaban tanto hombres como mujeres. Los primeros, dedicados a la obtención y preparación del hilo, para posteriormente, entregarlo a las mujeres que eran las encargadas de trenzarlo para los diversos usos. Entre

ellos, destaca la confección de la suela de la alpargata, que las propias mujeres cosían a la loneta para formar este modesto calzado. Ferrándiz Ponzó, en 1901, señala dos localidades caracterizadas por estas labores. Una de las más conocidas era Elche, que *"llama la atención por dicha industria"*. Indica que se *"ha hecho grandes progresos en la fabricación del calzado del obrero. No hace muchos años, se concentraban a fabricar las clases abiertas de cintas y las cerradas o azapatadas que eran las más corrientes. Hoy sin dejar la fabricación de aquellas primitivas clases, ha creado otras dándoles formas diferentes a sus guarniciones, que adorna con bonitos bordados en colores, para niñas y mujeres jóvenes. Pero donde se nota más notable el adelanto, es en una clase especial, fina y elegante, que fabrica y que imita perfectamente casi invadiendo el terreno de la zapatería. Elche que por varios modos se singulariza como pueblo industrial, puede decir con satisfacción, que se ha creado una especialidad, y que con esa especialidad sostiene a todas sus familias pobres"*. Para esos años, según refleja el texto, la alpargatería tradicional estaba evolucionando hacia un calzado más acorde con gustos urbanos y que alentó el desarrollo posterior de la industria zapatera.

La otra población dedicada a este menester era Elda, núcleo que *"por entero, está dedicado a la fabricación de calzado, generalmente "clase de batalla", como dicen en el lenguaje industrial. Allá donde sepan que haya gran contingente de obreros, allá van los fabricantes de calzado de Elda, con su calzado, ofreciéndolo a precios sin competencia"*. En ambos casos, se trata de



Huerto del
Capellán, Elche.

lo que años más tarde se convertiría en uno de los pilares de la industria alicantina, que abastece el mercado nacional y que irradia su influencia, gracias a la exportación, por medio mundo.

5. LA RECOLECCIÓN SILVESTRE DE ESPARTO Y BARRILLA

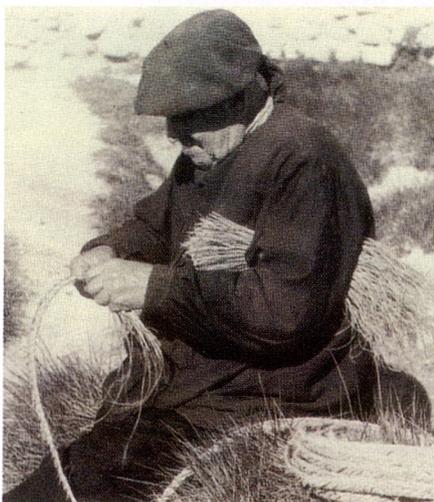
Estas plantas silvestres dan lugar a dos industrias de signo muy distinto. Por un lado, la barrilla, de la que se extrae la sosa, empleada para la fabricación del jabón y del cristal; por otro, el esparto que dará lugar a las esteras y alfombras. Ambos productos se elaboraban en bastantes poblaciones, sin que existiera una marcada concentración espacial, salvo en el caso de Crevillente, donde el aprovechamiento del esparto, tuvo especial arraigo.

La barrilla, planta de la que se obtenía por calcinación el carbonato sódico, constituyó durante varios siglos una de las principales mercancías exportadas por el puerto de Alicante. La demanda alcanzó tales proporciones, que la recolección silvestre en terrenos almarjales y salitrosos, tan abundantes en la mitad sur de Alicante, fue insuficiente y se impuso el cultivo de la misma. Sin embargo, la obtención industrial de la sosa que se inicia en el extranjero a finales del siglo XVIII, desbancará lentamente a la sosa vegetal hasta el punto de que el consistorio alicantino señalaba en 1841 *"hubo un tiempo en que la barrilla... surtía los mercados extranjeros y recompensaba con prodigalidad los sudores del labrador. Francia encontró la sosa ficticia en 1810, y la barrilla ha desaparecido de esta provincia en que ya apenas se conoce. Doscientos cincuenta mil quintales anuales se extraían para el extranjero... hoy ninguno"*. Del texto se desprende con claridad la ruina de un comercio que tanta pujanza alcanzó en la provincia, en épocas pasadas; si bien, en estas tierras todavía las plantas barrilleras continuaron utilizándose, en los ámbitos domésticos y locales, como especifica Madoz en su voluminosa obra. Las referencias que ofrece Figueras Pacheco a principios del siglo veinte, muestran, sin embargo, que este cultivo y su explotación era más un recuerdo en la memoria de los que la habían utilizado, que una práctica real y cotidiana.



Vendedora de alpargatas.

El esparto motivó una actividad artesanal que tuvo un fuerte desarrollo durante el siglo XVIII y cuya importancia se prolongó durante la primera mitad del XIX. La facilidad del trenzado manual, que no requería ningún instrumento a excepción de los telares, convertía estos trabajos en un complemento necesario y relativamente fácil de la economía familiar. En efecto, hombres, mujeres y niños se aplicaban con pericia a la confección del *filet* o cuerda de esparto, que se vendía en rollos a las fábricas que existían en Alicante y Crevillente. Rafael Altamira y Crevea, agudo observador, refleja cómo esta materia llegó a usarse como moneda de cambio en la huerta alicantina.



Trenzando el esparto
(ARCHIVO MUNICIPAL
DE ALICANTE).

La elaboración del esparto sufrió un duro revés en la segunda mitad de la centuria, a raíz de la privatización de los espacios comunales durante el proceso desamortizador de los montes públicos, que impidió el libre acceso a los atochares. Además de ello, la liberalización del comercio coincidió con la competencia que hacían espartos más baratos y otras fibras naturales, como la pita y el sisal, procedentes del norte de África y de lugares lejanos, como la India y Mozambique. Pascual Madoz ofrece en su Diccionario datos relativos a la pérdida de esta industria en Alicante: *"a principios de este siglo había 20 fábricas de cordelería de esparto, las cuales han quedado reducidas a 4 a consecuencia de permitirse la exportación para el extranjero del esparto en rama sin derecho alguno"*. Incluso, en su detallada referencia a los municipios de la provincia, nombra los trabajos de esparto en un buen número de localidades.

De todas ellas, Crevillente es la que consigue mantener una especialización en el tejido de esta materia prima, necesaria para la confección de esteras y cortinas, que evolucionará con los años en la importante industria de alfombras que allí se concentra. En el informe de Ferrándiz Ponzó, de 1901, esta industria había alcanzado tal grado de perfeccionamiento en la localidad que *"constituía su especialidad"* y le daba *"fama universal"* según sus palabras. Ya entonces las esteras de esparto, y especialmente las de pita, gozaban de cierta fama como adorno de las viviendas. La calidad y el diseño empleados en su confección, las convertía en un producto apreciado, al lograr la apariencia *"de hermosas alfombras, llamando poderosamente la atención del buen gusto en la combinación de colores y lo nuevo y raro en los dibujos, que son variadísimos y se salen de lo corriente, constituyendo un artículo relativamente barato, útil y artístico, pues que es de gran belleza. La importancia de esta industria es bien conocida para que intentemos siquiera ponerla de manifiesto. La exportación es para todos los puntos"*.

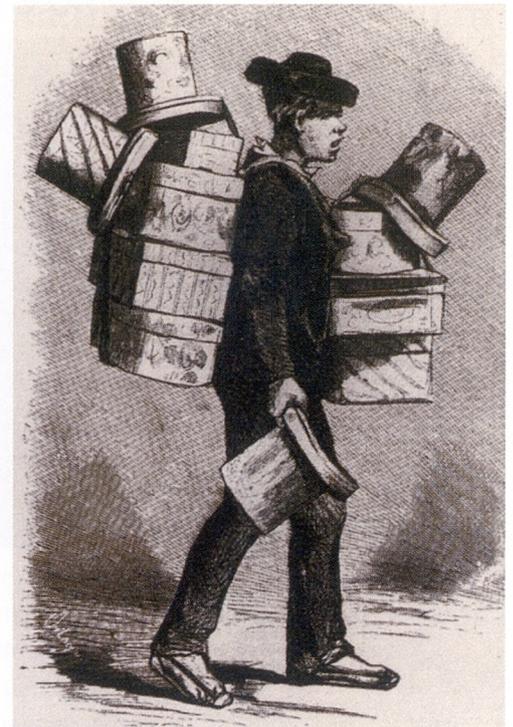
Unos años antes, diecinueve industriales de esa localidad dirigían un escrito a la Cámara de Comercio de Alicante; solicitaban que se mantuvieran los precios de importación de la pita que llegaba al puerto de Alicante, procedente de México, a través de los transportes británicos de Londres y Liverpool. La pita, como materia prima, se unió a la utilización del esparto en la industria crevillentina a partir de 1868; desde entonces fue progresivamente aumentando su uso hasta finales del XIX. A partir de ese momento, su uso se consideró imprescindible para la fabricación de *"esterados de habitaciones"*; así lo reconocen los propios industriales en su escrito, puesto que gracias a ella *"se proporcionaba el sostenimiento a la clase obrera de este vecindario"*. En esa misiva, los empresarios señalan que la pita constituye el principal abastecimiento para la industria de las esteras, dado que la calidad de su fibra, le confiere un acabado más flexible y refinado, desplazando por ello al esparto. Durante esos años, esta actividad ocupaba *"diariamente cerca de tres mil obreros, que representan el sustento de casi el mismo número de familias pobres de este vecindario"*; daba trabajo a los gremios de rastrilladores y tejedores y se calculaba un consumo anual de fibra, que se acercaba a 500.000 Kg. La queja presentada obedecía a que la tarifa que se pretendía aplicar haría prohibitiva su compra, porque elevaba el impuesto de veinte céntimos a dos pesetas por cada cien kilos. Según los propios industriales, de llevarse a cabo este incremento de arancel, podría desaparecer la actividad, *"dejando relegada al olvido la industria que en otro tiempo*



dio el ser y sustento a este honrado vecindario". Para evitar esta situación el Estado promovió el cultivo de la pita en el territorio, dado que existían condiciones óptimas para el cultivo en el Mediterráneo español.

6. EL PALMITO Y LOS CAÑEVERALES: MODA Y HOGAR

Los alicantinos, con las materias primas vegetales tan abundantes en la provincia, desarrollaron diversas artesanías adaptadas al entorno. En las páginas anteriores se analizaron algunas fibras, pero existen otras que, sino de forma tan generalizada como aquellas, dieron lugar a importantes manipulaciones. Estas fueron utilizadas tanto para el uso personal (sombrosos y bolsos) como para su aplicación en el hogar (escobas, cestos y muebles). El cañaveral, tan abundante a lo largo de la red del riego de la huerta y en las riberas de los ríos, aportó la caña para elaborar las escobas hechas de hojas de palmera. El sur de Alicante, especialmente la población de Catral y, en menor medida, Albaterra, concentra los trabajos de la caña, empleada a su vez para la confección de cañizos. Esto ha sido posible por tratarse de un enclave intermedio entre el Palmeral de Elche y la densa red de acequias y azarbes de la Vega del Segura. Por el contrario, algunas poblaciones del norte de Alicante, como es el caso de Gata de Gorgos y de Pedreguer, se especializaron en la manipulación de la palma del palmito, que daría origen a una gran diversidad de productos como son los sombreros, los bolsos, la cestería e, incluso, los muebles de mimbre y de junco. Frente a las artesanías del sur, estas últimas destacaron por la elaboración y finura de sus terminaciones. En la zona, los trabajos de la palma cuentan con una larga tradición, pues hay constancia de ello en la documentación correspondiente al siglo XV. Posteriormente, Cavanilles recogía cómo en Gata era una dedicación que beneficiaba a *"los moradores del pueblo"* y cuyo trabajo ocupaba a *"casi todos los vecinos"*. Madoz, a mediados del siglo XIX, recalca que la industria del palmito *"puede considerarse como principal y exclusiva"*, debido a la riqueza del mismo en los montes y eriales existentes en el Marquesado de Denia, más concretamente en la Sierra de Segària. Entre estas artesanías, que han partido de la pleita como materia prima común, destaca la trilogía —formada por la espuerta, el sombrero y el bolso— acompañada con manufacturas secundarias, como esteras y escobas. Los bolsos se elaboraban con palmas, cuidadosamente escogidas, trenzadas a domicilio por mujeres; en sus inicios, el cosido era manual, más tarde aparecieron talleres y pequeñas fábricas en las cuales se cosía la pleita a máquina, también con manos diestras femeninas. El sombrero iba fundamentalmente destinado a los campesinos de ambos sexos, para protegerlos del sol abrasador; se confeccionaban, asimismo, otros más finos para vestir. Los de mujer se convirtieron en verdaderas filigranas, al incorporar adornos trenzados y calados, teñidos con llamativos colores.



Vendedor de sombreros.

A finales del siglo XIX, estas labores aún las desempeñaban las familias agricultoras, que trabajaban la palma en sus domicilios particulares. Dichos productos se utilizaban como mercancía de intercambio, en una economía de trueque, donde trajineros y buhoneros los recogían a cambio de alimentos (arroz y salazón preferentemente). Hacia 1885 se inicia el proceso de transformación de estas artesanías a industrias incipientes; los pioneros fueron los comerciantes, que conocían los mercados y las condiciones de venta de las regiones que visitaban. Esta circunstancia les confería importantes ventajas sobre los artesanos, simples productores. Años más tarde, en 1915, la apertura de la línea ferroviaria Alicante-Denia, con parada en Gata de Gorgos, impulsó y amplió el negocio utilizando el moderno sistema de transporte.

El ferrocarril fue decisivo para el desarrollo económico de la producción pues, al aumentar la demanda, resultó insuficiente el palmito recolectado en la zona, de manera que se tuvo que recurrir a zonas próximas, principalmente Valencia. La artesanía sombrerera se adaptó a los gustos y

dictados de la moda, de manera que, al terminar la I Guerra Mundial, se impusieron otros modelos, como el "canotier" y el "malagueño", para cuya elaboración se empleaba otro género más fino, traído de Italia e importado a través del puerto de Denia. En los años sesenta, todas estas industrias evolucionarán a la fabricación de muebles de mimbre, junco y médula.

7. LA PALMERA, DE LA ALIMENTACIÓN A LA LITURGIA

El cultivo de la palmera, que adquiere carta de naturaleza en Elche, será otro de los rendimientos agrarios susceptibles de una transformación de tipo industrial. Este árbol presenta, en territorio ilicitano, la mayor concentración de la provincia e incluso de España, originando —además— el mayor palmeral europeo. También está presente en algunas parcelas de la huerta del Segura, con una mayor proliferación en las inmediaciones de la ciudad de Orihuela. A mediados del siglo XIX, el palmeral de Elche cubría una superficie que según las fuentes utilizadas estaba en torno a las 100 hectáreas. Por esos años, Roca de Togores, en la *Memoria sobre el Estado de la Agricultura en la provincia de Alicante*, define la planta *Phoenix dactilifera* (la palmera de la zona) como "bella, esbelta y majestuosa... y el dulce, dorado y sabroso fruto que produce, constituye la principal riqueza de su suelo", al describir los rendimientos de la llanura ilicitana.



Vista de Elche
(BIBLIOTECA VALENCIANA).

Los cronistas y viajeros nacionales que visitaron la provincia, durante el ochocientos, quedaron impresionados por el frondoso palmeral que ciñe Elche. Como los extranjeros, también ellos se asombraron ante la exuberante vegetación que allí se daba, circunstancia que hacía más vivo el contraste con los terrenos aledaños, calcinados por el sol. Así, Casañ Alegre, en su recorrido ferroviario de Alicante a Murcia, antes de llegar a Elche atraviesa "un terreno lleno de carrizales, tierra quemada por el sol, y sólo allá por el sur se ve levantar una oscura barrera de verde negruzco y deslineada todavía por la distancia. Así como nos vamos aproximando a aquella oscura masa, las líneas van haciéndose perceptibles y creo que sobre la línea oscura se destaca como una aguda crestería: tomo los gemelos y miro. Son las palmeras, estamos cerca de Elche, me dice la guía. Pocos minutos después

comienzan a presentarse por ambos lados de la guía, como esbeltas guerrillas que defienden el paso queriendo evitar que el negro monstruo penetre en el encantado recinto de tan hermoso bosque, tan original, tan nuevo y lleno de asiático encanto". El paisaje le recuerda a las tierras africanas y orientales; en verdad, según el autor "un cuadro sin igual en España". Observa centenares de palmeras en los huertos, a modo de "un gran jardín" todas ellas cuajadas de dátiles, preciado fruto extremadamente dulce que le lleva a decir con cierto lirismo "deja en la boca resabios a beso de africana mujer, ardiente y embriagador; con el dulce y sano alimento que da al cuerpo comunicándole energía y ligereza propias del árabe y la sobriedad del beduino".

No obstante, la palma, además de la importancia de su fruto para el consumo humano, aporta otros rendimientos que serán susceptibles tanto de una manipulación artesanal de tipo ornamental como de uso industrial. En este sentido, José Ferrándiz Ponzó, en el informe de 1901, indicaba los productos derivados del palmeral como especialidad de la localidad, además de la alpargatería. Con relación a los primeros, insiste, como es ya clásico en todas las descripciones, en señalar que Elche es la "Jerusalén de España, famosa por sus palmeras y sus dátiles, cual otra Berbería". En cuanto a su utilización, se distinguen tres aprovechamientos: alimenticio, ornamental e industrial.



En cuanto al primero, el autor nombra la industria del adobo y la elaboración del pan de higo que, como indica, se *"expide a todas partes"*. El adobo consiste en una preparación culinaria que las familias hacían para la maduración artificial y consumo en cualquier época del año. Para ello colocaban *"los dátiles en una cuba, rociándolos con vinagre, después se revuelven y tapan, con lo que se consigue que maduren en corto tiempo, y dicen son más sanos"*. El adorno y artesanía, derivada de la palma, singulariza a la ciudad ilicitana, originando una actividad popular; ya entonces, empleaba abundantemente mano de obra femenina, ocupada en el *"rizado de las palmas blancas, labor verdaderamente artística que para las funciones religiosas del Domingo de Ramos, esparce por España entera y demás pueblos cristianos"*. Ese empleo llevó consigo el adiestramiento de las mujeres en el arte y labores de una confección ornamental, eminentemente manual. A la vez, redundó en beneficio de otra industria manufacturera también consolidada en la ciudad, la fabricación de la alpargata, derivada del esparto y del cáñamo. Por último, la palma se empleó en la industria cañera, que caracterizó igualmente al sur alicantino, con una relevante presencia todavía en Albatera y Catral, para la confección de escobas y otros derivados.



Seleccionando dátiles,
Elche (BIBLIOTECA
VALENCIANA).

8. DE OTROS ÁRBOLES OTROS USOS, HASTA LA PROPIA CASA

La importancia del arbolado en los montes, en el secano y los existentes en las riberas de los ríos, dieron lugar a una explotación casi abusiva. La tala indiscriminada, favoreció otras artesanías muy variadas, que utilizaron la madera como materia prima. Los aperos de labranza, la construcción de barcos, la tonelería, los muebles e incluso las propias casas, dependían de la cantidad de madera que se pudiera conseguir. Eran tales las necesidades que, era frecuente, traer maderas de fuera. Los contratos de arrendamiento, practicados durante el siglo XIX, determinaban entre sus cláusulas, el reparto de la leña tras la poda de arbolado, entre el dueño y el cultivador. Estas medidas no eran nuevas, pues desde las Cartas Pueblas de los señoríos se prohibía al vasallo arrancar el árbol, aunque fuera seco, si ello no se hacía en presencia del dueño o de su representante, para determinar la proporción de los beneficios. Tales determinaciones, están relacionadas con el consumo necesario que en los hogares se hacía de la leña o madera, tanto para el combustible como para otros usos domésticos o de labranza.

Para evitar esa escasez, las leyes de colonias agrícolas de mediados del siglo XIX, incentivaron la plantación de arbolado forestal. Esta medida continuó con la Ley de Colonización y Repoblación Interior de 1907, que centró su ámbito de actuación, precisamente, en las zonas montañosas y creó colonias agroforestales. En la provincia de Alicante surgieron, al amparo de la misma, las de Sierra de Salinas en Villena, Els Plans en Alcoy y El Montgó en Denia. Conforme se desarrolla una agricultura comercial a lo largo del siglo XX, la madera se hizo cada vez más demandada. Especial utilidad tuvo en la tonelería que transportaba el vino al extranjero y en las cajas o envases de madera para la comercialización de diversos artículos. Ponzó señala la existencia de grandes talleres en Alicante, asociados a los apellidos y compañías como las de Torrent, Román, Asensi y Taboada, Torrens, Picó y Reus. Textualmente decía: *"dan renombre a esta industria, los conos, esas enormes vasijas de forma cónica para grandes bodegas y depósitos que por larga y aún reciente época, salían de estos grandes talleres diariamente en cantidades respetables, no solamente para las bodegas de la provincia, sino para las de todas las regiones de España"*. Según su comentario, los maestros y oficiales toneleros de Alicante no tenían competencia, ni siquiera con los del extranjero.

Como colofón de la aplicación de la madera a diferentes usos, por último, se presenta una referencia a la vivienda, derivada de los productos de la tierra. De todas ellas, la que mejor ejemplifica esa estrecha vinculación con el medio, es la barraca. Para comprender sus características es necesario conocer el territorio en el que se emplaza. Este fue descrito por Julio de Vargas, periodista acreditado de *El Imparcial* y de *El Liberal*, cuyas crónicas —a finales del siglo XIX— fueron muy seguidas por el público, traslucía en su estilo claro y conciso la realidad del momento. Con la fina ironía que le caracterizaba, sus descripciones se hicieron muy populares en España. El autor, en 1895, en plena madurez y a pocos años de su muerte, publicó el libro titulado *Viaje por España. Alicante y Murcia*, donde hace un relato detallado de las principales poblaciones de ambas provincias. Referente a la de Alicante, dedica varios capítulos a la riqueza del suelo y señala las peculiaridades de cada área que analiza. Al escribir sobre Orihuela, muestra el aspecto que presenta la población, conformada en sus inmediaciones por multitud de barracas. Le llama la atención que la ciudad se encuentre ceñida por el río Segura. Se trata de un curso fluvial de pequeño tamaño y con exiguo caudal, debido a las condiciones climáticas de aridez que dominan en el territorio; pese a ello, el río es temido por sus desbordamientos, circunstancia ésta que lo convierte en un auténtico monstruo urbano. En palabras del novelista, *"el Segura tiene en alarma constante a los oriolanos, que con razón se estremecen solo al*



Vereda del Molino de la Ciudad, Orihuela (BIBLIOTECA VALENCIANA).

recuerdo de las tremendas consecuencias que tuvieron las últimas inundaciones... el caso es que Orihuela sigue indefenso contra las crecidas del río y estremeciéndose de justificado espanto, siempre que aquél eleva su nivel ordinario por consecuencia de los temporales. Y excusado parece decir que raro es el año en que las lluvias no le ponen de manera que no le llegue la camisa al cuerpo". Las aguas del río se desparraman por una dilatada llanura, creando un intenso paisaje agrario, conocido con el nombre de huerta. Predomina allí una diversidad de cultivos que asombró a cuantos viajeros recorrieron esas tierras y se percataron de la extraordinaria fertilidad del suelo. El protagonista de toda esa riqueza era el Segura, cuyos caudales, con bastante frecuencia, se salían "de madre", en palabras de los huertanos, y "se enseña de toda esa bella y fertilísima comarca". La riada, a pesar de sus daños, contribuye a mantener la riqueza del suelo y da lugar a una imagen idílica para un escritor foráneo: *"el Segura... enriquecido por las lluvias imprimía sacudidas turbulentas a su rápido caudal... y penetrando por todo su perímetro (la ciudad) en las pobladas y pintorescas plantaciones de su fertilísima huerta —verde*



tapiz que entre follaje y arboleda deja entre ver las blancas líneas de innumerables caseríos— producía gratisísima impresión y efecto tan poderosamente atractivo, que apenas al ánimo la idea de abandonar aquellos lugares, tan ricos en color, en belleza y en poesía”.

El desarrollo económico de la comarca se debe al complejo sistema de riegos y al cuidadoso aprovechamiento del agua, que posibilitó un importante hábitat disperso por la feraz huerta. Con él se combinaba un doble objetivo, por un lado, el control de la propia infraestructura de riegos y, por otro, el esmerado policultivo del espacio labrado. Además, la presencia humana, tan numerosa y diseminada por el área regada, era la mejor garantía de su propia defensa ante el riesgo de inundación. Los propios agricultores eran los encargados de vigilar el incremento de caudal del río, tras las fuertes precipitaciones; acometían, a su vez, las obras de protección, en aquellos puntos frágiles y expuestos a roturas. Se trataba de un trabajo colectivo que realizaban todos los habitantes, como igualmente edificaban en común el modelo de vivienda adaptada a ese espacio. Nos referimos a la barraca, vivienda campesina por excelencia, que emplea en su construcción los materiales vegetales del territorio. Está perfectamente adaptada a la inseguridad propia del medio geográfico, debido a los riesgos naturales, tanto inundaciones como terremotos, ambos característicos del sur alicantino. Precisamente eso dio lugar al oficio de *maestro barraquero*, muy demandado entonces, que prestó sus servicios hasta bien entrado el siglo veinte. El saber y la habilidad de aquellos artesanos, eran muy apreciados por el conocimiento que tenían sobre la edificación de este tipo de casa. En su construcción se empleaban el adobe, las cañas, el albardín, el tallo de la flor de la pitera y, para darle mayor consistencia, algún tronco arbóreo, como el de la morera y palmera.

La sencilla estructura de la vivienda, estaba relacionada con la benignidad del clima, el fácil acopio de los materiales empleados en su construcción, siempre a mano, sin olvidar la precaria economía del huertano. Estas circunstancias hacían que fuera el propio campesino quien, en sus ratos libres levantara, con la supervisión del experto, esta endeble pero acorde vivienda. Construcciones similares, aunque destinadas a otros usos, fueron los *barracones* o las *barraquetas*. Los primeros, destinados a servir de refugio al ganado, mientras que las segundas —todavía más rudimentarias— se levantaban en los bancales de cultivo para dar sombra en los ratos de descanso y proteger las cosechas durante el estío. ▽

BIBLIOGRAFÍA:

- CASAÑ ALEGRE, J.: *Recuerdos de viajes por nuestra patria, Alicante-Orihuela-Murcia*. Alicante, Establecimiento Tipográfico de Antonio Reus, 1894, 190 pp.
- COSTA MAS, J.: *El Marquesat de Dénia*. Estudio Geográfico, Valencia, Dpto. de Geografía, Universidad de Valencia, 1978, 595 pp.
- GÓMEZ LOPEZ, J.D.: *La Industria del Chocolate en Villajoyosa*, Alicante, Universidad de Alicante, 1997, 58 pp.
- GOZALVEZ PEREZ, V.: *El Bajo Vinalopó. Geografía agraria*. Valencia, Departamento de Geografía, Universidad de Valencia, 1977, 270 pp.
- VIDAL OLIVARES, J.: *Materiales para la historia económica de Alicante (1850-1900)*. Alicante, Instituto de Estudios "Juan Gil-Albert", 1986, 420 pp.
- QUEREDA SALA, J.J.: *La comarca de la Marina de Alicante*. Estudio de Geografía Regional. Alicante, Diputación Provincial, 1978, 431 pp.
- VARGAS, J. De: *Viaje por España. Alicante y Murcia*. Madrid, Tipografía del Liberal, 1895, pp. 180-191.



Vendedor ambulante. Dibujo de J. Andrade; revista *Blanco y Negro*, septiembre de 1895 (BIBLIOTECA GABRIEL MIRÓ).